

LOS PERROS ROMANTICOS

Roberto Bolaño



DELIRIO

LOS PERROS ROMANTICOS

Roberto Bolaño

1980-1998

© Roberto Bolaño, 2000.

Primera edición: 2000

© Editorial Lumen, S.A.

Edición electrónica: 2005

Ediciones Delirio

edicionesdelirio@gmail.com

Fotografía de portada: Romeo Ramírez

Nota: No hay derechos reservados a favor de Ediciones Delirio.

Ésta edición ha sido preparada exclusivamente para su
difusión en versión electrónica, ya saben sin fines de lucro...

Eric Leunam
ericleunam@gmail.com

Para Carolina López y Lautaro Bolaño

LOS PERROS ROMÁNTICOS

En aquel tiempo yo tenía veinte años
y estaba loco.
Había perdido un país
pero había ganado un sueño.
Y si tenía ese sueño
lo demás no importaba.
Ni trabajar ni rezar
ni estudiar en la madrugada
junto a los perros románticos.
Y el sueño vivía en el vacío de mi espíritu.
Una habitación de madera,
en penumbras,
en uno de los pulmones del trópico.
Y a veces me volvía dentro de mí
y visitaba el sueño: estatua eternizada
en pensamientos líquidos,
un gusano blanco retorciéndose
en el amor.
Un amor desbocado.
Un sueño dentro de otro sueño.
Y la pesadilla me decía: crecerás.
Dejarás atrás las imágenes del dolor y del laberinto
y olvidarás.
Pero en aquel tiempo crecer hubiera sido un crimen.
Estoy aquí, dije, con los perros románticos
y aquí me voy a quedar.

AUTORRETRATO A LOS VEINTE AÑOS

Me dejé ir, lo tomé en marcha y no supe nunca
hacia dónde hubiera podido llevarme. Iba lleno de miedo,
se me aflojó el estómago y me zumbaba la cabeza:
yo creo que era el aire frío de los muertos.
No sé. Me dejé ir, pensé que era una pena
acabar tan pronto, pero por otra parte
escuché aquella llamada misteriosa y convincente.
O la escuchas o no la escuchas, y yo la escuché
y casi me eché a llorar: un sonido terrible,
nacido en el aire y en el mar.
Un escudo y una espada. Entonces,
pese al miedo, me dejé ir, puse mi mejilla
junto a la mejilla de la muerte.
Y me fue imposible cerrar los ojos y no ver
aquel espectáculo extraño, lento y extraño,
aunque empotrado en una realidad velocísima:
miles de muchachos como yo, lampiños
o barbudos, pero latinoamericanos todos,
juntando sus mejillas con la muerte.

RESURRECCIÓN

La poesía entra en el sueño
como un buzo en un lago.
La poesía, más valiente que nadie,
entra y cae
a plomo
en un lago infinito como Loch Ness
o turbio e infausto como el lago Balatón.
Contempladla desde el fondo:
un buzo
inocente
envuelto en las plumas
de la voluntad.
La poesía entra en el sueño
como un buzo muerto
en el ojo de Dios.

EN LA SALA DE LECTURAS DEL INFIERNO

En la sala de lecturas del Infierno En el club
de aficionados a la ciencia-ficción
En los patios escarchados En los dormitorios de tránsito
En los caminos de hielo Cuando ya todo parece más claro
Y cada instante es mejor y menos importante
Con un cigarrillo en la boca y con miedo A veces
los ojos verdes Y 26 años Un servidor

SONI

Estoy en un bar y alguien se llama Soni
El suelo está cubierto de ceniza Como un pájaro
como un solo pájaro llegan dos ancianos
Arquíloco y Anacreonte y Simónides Miserables
refugios del Mediterráneo No preguntarme que hago
aquí, no recordar que he estado con una muchacha
pálida y rica Sin embargo sólo recuerdo rubor
la palabra vergüenza después de la palabra vacío
Soni Soni! La tendí de espaldas y restregué
mi pene sobre su cintura El perro ladró en la calle
abajo había un cine y después de eyacular
pensé «dos cines» y el vacío Arquíloco y Anacreonte
y Simónides ciñéndose ramas de sauce El hombre
no busca la vida, dije, la tendí de espaldas y se
lo metí de un envión Algo crujió entre las orejas
del perro Crac! Estamos perdidos
Sólo falta que te enfermes, dije Y Soni
se separó del grupo La luz de los vidrios sucios
lo presentó como un Dios y el autor
cerró los ojos

ERNESTO CARDENAL Y YO

Iba caminando, sudado y con el pelo pegado
en la cara

cuando vi a Ernesto Cardenal que venía
en dirección contraria

y a modo de saludo le dije:

Padre, en el Reino de los Cielos

que es el comunismo,

¿tienen un sitio los homosexuales?

Sí, dijo él.

¿Y los masturbadores impenitentes?

¿Los esclavos del sexo?

¿Los bromistas del sexo?

¿Los sadomasoquistas, las putas, los fanáticos
de los enemas,

los que ya no pueden más, los que de verdad
ya no pueden más?

Y Cardenal dijo sí.

Y yo levanté la vista

y las nubes parecían

sonrisas de gatos levemente rosadas

y los árboles que respunteaban la colina

(la colina que hemos de subir)

agitaban las ramas.

Los árboles salvajes, como diciendo

algún día, más temprano que tarde, has de venir

a mis brazos gomosos, a mis brazos sarmentosos,

a mis brazos fríos. Una frialdad vegetal

que te erizará los pelos.

SANGRIENTO DÍA DE LLUVIA

Ah, sangriento día de lluvia
qué haces en el alma de los desamparados,
sangriento día de voluntad apenas entrevista:
detrás de la cortina de juncos, en el barrizal,
con los dedos de los pies agarrotados en el dolor
como un animal pequeño y tembloroso:
pero tu no eres pequeño y tus temblores son de placer,
día revestido con las potencias de la voluntad,
aterido y fijo en un barrizal que acaso no sea
de este mundo, descalzo en medio del sueño que se mueve
desde nuestros corazones hasta nuestras necesidades,
desde la ira hasta el deseo: cortina de juncos
que se abre y nos ensucia y nos abraza.

EL GUSANO

Demos gracias por nuestra pobreza, dijo el tipo vestido con harapos.

Lo vi con este ojo: vagaba por un pueblo de casas chatas,
hechas de cemento y ladrillos, entre México y Estados Unidos.

Demos gracias por nuestra violencia, dijo, aunque sea estéril
como un fantasma, aunque a nada nos conduzca,
tampoco estos caminos conducen a ninguna parte.

Lo vi con este ojo: gesticulaba sobre un fondo rosado
que se resistía al negro, ah, los atardeceres de la frontera,
leídos y perdidos para siempre.

Los atardeceres que envolvieron al padre de Lisa
a principios de los cincuenta.

Los atardeceres que vieron pasar a Mario Santiago,
arriba y abajo, aterido de frío, en el asiento trasero
del coche de un contrabandista. Los atardeceres
del infinito blanco y del infinito negro.

Lo vi con este ojo: parecía un gusano con sombrero de paja
y mirada de asesino
y viajaba por los pueblos del norte de México
como si anduviera perdido, desalojado de la mente,
desalojado del sueño grande, el de todos,
y sus palabras eran, madre mía, terroríficas.

Parecía un gusano con sombrero de paja,
ropas blancas
y mirada de asesino.

Y viajaba como un trompo
por los pueblos del norte de México
sin atreverse a dar el paso,
sin decidirse
a bajar al D.F.

Lo vi con este ojo
ir y venir
entre vendedores ambulantes y borrachos,
temido,
con el verbo desbocado por calles
de casas de adobe.
Parecía un gusano blanco
con un Bali entre los labios
o un Delicados sin filtro.
Y viajaba de un lado a otro
de los sueños,
tal que un gusano de tierra,
arrastrando su desesperación,
comiéndosela.

Un gusano blanco con sombrero de paja
bajo el sol del norte de México,
en las tierras regadas con sangre y palabras mordaces
de la frontera, la puerta del Cuerpo que vio Sam Peckinpah,
la puerta de la Mente desalojada, el puritito
azote, y el maldito gusano blanco allí estaba,
con su sombrero de paja y su pitillo colgando
del labio inferior, y tenía la misma mirada
de asesino de siempre.

Lo vi y le dije tengo tres bultos en la cabeza
y la ciencia ya no puede hacer nada conmigo.
Lo vi y le dije sáquese de mi huella so mamón,
la poesía es más valiente que nadie,
las tierras regadas con sangre me la pelan, la Mente desalojada
apenas si estremece mis sentidos.
De estas pesadillas sólo conservaré
estas pobres casas,
estas calles barridas por el viento

y no su mirada de asesino.

Parecía un gusano blanco con su sombrero de paja
y su pistola automática debajo de la camisa
y no paraba de hablar solo o con cualquiera
acerca de un poblado que tenía
por lo menos dos mil o tres mil años,
allá por el norte, cerca de la frontera
con los Estados Unidos,
un lugar que todavía existía,
digamos cuarenta casas,
dos cantinas,
una tienda de comestibles,
un pueblo de vigilantes y asesinos
como él mismo,
casas de adobe y patios encementados
donde los ojos no se despegaban
del horizonte
(de ese horizonte color carne
como la espalda de un moribundo).
¿Y qué esperaban que apareciera por allí?, pregunté.
El viento y el polvo, tal vez.
Un sueño mínimo
pero en el que empeñaban
toda su obstinación, toda su voluntad.

Parecía un gusano blanco con sombrero de paja y un Delicados
colgando del labio inferior.

Parecía un chileno de veintidós años entrando en el Café La Habana
y observando a una muchacha rubia
sentada en el fondo,
en la Mente desalojada.

Parecían las caminatas a altas horas de la noche
de Mario Santiago.

En la Mente desalojada.

En los espejos encantados.

En el huracán del D.F.

Los dedos cortados renacían
con velocidad sorprendente.

Dedos cortados,

quebrados,

esparcidos

en el aire del D.F.

LUPE

Trabajaba en la Guerrero, a pocas calles de la casa de Julián y tenía 17 años y había perdido un hijo.

El recuerdo la hacía llorar en aquel cuarto del hotel Trébol, espacioso y oscuro, con baño y bidet, el sitio ideal para vivir durante algunos años. El sitio ideal para escribir un libro de memorias apócrifas o un ramillete de poemas de terror. Lupe era delgada y tenía las piernas largas y manchadas como los leopardos.

La primera vez ni siquiera tuve una erección: tampoco esperaba tener una erección. Lupe habló de su vida y de lo que para ella era la felicidad.

Al cabo de una semana nos volvimos a ver. La encontré en una esquina junto a otras putitas adolescentes, apoyada en los guardabarros de un viejo Cadillac.

Creo que nos alegramos de vernos. A partir de entonces Lupe empezó a contarme cosas de su vida, a veces llorando, a veces cogiendo, casi siempre desnudos en la cama, mirando el cielorraso tomados de la mano.

Su hijo nació enfermo y Lupe prometió a la Virgen que dejaría el oficio si su bebé se curaba.

Mantuvo la promesa un mes o dos y luego tuvo que volver.

Poco después su hijo murió y Lupe decía que la culpa era suya por no cumplir con la Virgen.

La Virgen se llevó al angelito por una promesa no sostenida.

Yo no sabía qué decirle.

Me gustaban los niños, seguro, pero aún faltaban muchos años para que supiera lo que era tener un hijo.

Así que me quedaba callado y pensaba en lo extraño

que resultaba el silencio de aquel hotel.

O tenía las paredes muy gruesas o éramos los únicos ocupantes
o los demás no abrían la boca ni para gemir.

Era tan fácil manejar a Lupe y sentirte hombre
y sentirte desgraciado. Era fácil acompañarla
a tu ritmo y era fácil escuchada referir
las últimas películas de terror que había visto
en el cine Bucareli.

Sus piernas de leopardo se anudaban en mi cintura
y hundía su cabeza en mi pecho buscando mis pezones
o el latido de mi corazón.

Eso es lo que quiero chuparte, me dijo una noche.

¿Qué, Lupe? El corazón.

LOS ARTILLEROS

En este poema los artilleros están juntos.
Blancos sus rostros, las manos
entrelazando sus cuerpos o en los bolsillos.
Algunos tienen los ojos cerrados o miran el suelo.
Los otros te consideran.
Ojos que el tiempo ha vaciado. Vuelven
hacia ellos después de este intervalo.
El reencuentro sólo les devuelve
la certidumbre de su unión.

LA FRANCESA

Una mujer inteligente.

Una mujer hermosa.

Conocía todas las variantes, todas las posibilidades.

Lectora de los aforismos de Duchamp y de los relatos de Defoe.

En general con un auto control envidiable,

Salvo cuando se deprimía y se emborrachaba,

Algo que podía durar dos o tres días,

Una sucesión de burdeos y valiums

Que te ponía la carne de gallina.

Entonces solía contarte las historias que le sucedieron

Entre los 15 y los 18.

Una película de sexo y de terror,

Cuerpos desnudos y negocios en los límites de la ley,

Una actriz vocacional y al mismo tiempo una chica con extraños rasgos de avaricia.

La conocí cuando acababa de cumplir los 25,

En una época tranquila.

Supongo que tenía miedo de la vejez y de la muerte.

La vejez para ella eran los treinta años,

La Guerra de los Treinta Años,

Los treinta años de Cristo cuando empezó a predicar,

Una edad como cualquier otra, le decía mientras cenábamos

A la luz de las velas

Contemplando el discurrir del río más literario del planeta.

Pero para nosotros el prestigio estaba en otra parte,

En las bandas poseídas por la lentitud, en los gestos

Exquisitamente lentos

Del desarreglo nervioso,

En las camas oscuras,

En la multiplicación geométrica de las vitrinas vacías

Y en el hoyo de la realidad,

Nuestro absoluto,

Nuestro Voltaire,
Nuestra filosofía de dormitorio y tocador.
Como decía, una muchacha inteligente,
Con esa rara virtud previsoras
(Rara para nosotros, latinoamericanos)
Que es tan común en su patria,
En donde hasta los asesinos tienen una cartilla de ahorros
y ella no iba a ser menos,
Una cartilla de ahorros y una foto de Tristán Cabral,
La nostalgia de lo no vivido, .
Mientras aquel prestigioso río arrastraba un sol moribundo
Y sobre sus mejillas rodaban lágrimas aparentemente gratuitas.
No me quiero morir, susurraba mientras se corría
En la perspicaz oscuridad del dormitorio,
Y yo no sabía qué decir,
En verdad no sabía qué decir,
Salvo acariciada y sostenerla mientras se movía
Arriba y abajo como la vida,
Arriba y abajo como las poetas de Francia
Inocentes y castigadas,
Hasta que volvía al planeta Tierra
Y de sus labios brotaban
Pasajes de su adolescencia que de improviso llenaban nuestra habitación
Con duplicados que lloraban en las escaleras automáticas del metro,
Con duplicados que hacían el amor con dos tipos a la vez
Mientras afuera caía la lluvia
Sobre las bolsas de basura y sobre las pistolas abandonadas
En las bolsas de basura,
La lluvia que todo lo lava
Menos la memoria y la razón.
Vestidos, chaquetas de cuero, botas italianas, lencería para volverse loco,
Para volverla loca,
Aparecían y desaparecían en nuestra habitación fosforescente y pulsátil,
Y trazos rápidos de otras aventuras menos íntimas

Fulguraban en sus ojos heridos como luciérnagas.
Un amor que no iba a durar mucho
Pero que a la postre resultaría inolvidable.
Eso dijo,
Sentada junto a la ventana,
Su rostro suspendido en el tiempo,
Sus labios: los labios de una estatua.
Un amor inolvidable
Bajo la lluvia,
Bajo ese cielo erizado de antenas en donde convivían
Los artesanados del Siglo XVII
Con las cagadas de palomas del Siglo XX.
Y en medio
Toda la inextinguible capacidad de provocar dolor,
Invicta a través de los años,
Invicta a través de los amores
Inolvidables.
Eso dijo, sí.
Un amor inolvidable
Y breve,
¿Como un huracán?,
No, un amor breve como el suspiro de una cabeza guillotizada,
La cabeza de un rey o un conde bretón,
Breve como la belleza,
La belleza absoluta,
La que contiene toda la grandeza y la miseria del mundo
Y que sólo es visible para quienes aman.

EL MONO EXTERIOR

¿Te acuerdas del **Triunfo de Alejandro Magno**, de Gustave Moreau?

La belleza y el terror, el instante de cristal en que se corta la respiración. Pero tu no te detuviste bajo esa cúpula en penumbras, bajo esa cúpula iluminada por los feroces rayos de armonía. Ni se te cortó la respiración.

Caminaste como un mono infatigable entre los dioses pues sabías –o tal vez no– que el **Triunfo** desplegaba sus armas bajo la caverna de Platón: imágenes, sombras sin sustancia, soberanía del vacío. Tú querías alcanzar el árbol y el pájaro, los restos de una pobre fiesta al aire libre, la tierra yerma regada con sangre, el escenario del crimen donde pacen las estatuas de los fotógrafos y de los policías, y la pugnaz vida a la intemperie. ¡Ah, la pugnaz vida a la intemperie!

SUCIO, MAL VESTIDO

En el camino de los perros mi alma encontró
a mi corazón. Destrozado, pero vivo,
sucio, mal vestido y lleno de amor.
En el camino de los perros, allí donde no quiere ir nadie.
Un camino que sólo recorren los poetas
cuando ya no les queda nada por hacer.
¡Pero yo tenía tantas cosas que hacer todavía!
Y sin embargo allí estaba: haciéndome matar
por las hormigas rojas y también
por las hormigas negras, recorriendo las aldeas
vacías: el espanto que se elevaba
hasta tocar las estrellas.
Un chileno educado en México lo puede soportar todo,
pensaba, pero no era verdad.
Por las noches mi corazón lloraba. El río del ser, decían
unos labios afiebrados que luego descubrí eran los míos,
el río del ser, el río del ser, el éxtasis
que se pliega en la ribera de estas aldeas abandonadas.
Sumulistas y teólogos, adivinadores
y salteadores de caminos emergieron
como realidades acuáticas en medio de una realidad metálica.
Sólo la fiebre y la poesía provocan visiones.
Sólo el amor y la memoria.
No estos caminos ni estas llanuras.
No estos laberintos.
Hasta que por fin mi alma encontró a mi corazón.
Estaba enfermo, es cierto, pero estaba vivo.

Soñé con detectives helados en el gran
refrigerador de Los Ángeles
en el gran refrigerador de México D.F.

LOS DETECTIVES

Soñé con detectives perdidos en la ciudad oscura.
oí sus gemidos, sus náuseas, la delicadeza
de sus fugas.

Soñé con dos pintores que aún no tenían
40 años cuando Colón
descubrió América.

(Uno clásico, intemporal, el otro
moderno siempre,
como la mierda.)

Soñé con una huella luminosa,
la senda de las serpientes
recorrida una y otra vez
por detectives
absolutamente desesperados.

Soñé con un caso difícil,
vi los pasillos llenos de policías,
vi los cuestionarios que nadie resuelve,
los archivos ignominiosos,
y luego vi al detective
volver al lugar del crimen
solo y tranquilo
como en las peores pesadillas,
lo vi sentarse en el suelo y fumar
en un dormitorio con sangre seca
mientras las agujas del reloj
viajaban encogidas por la noche
interminable.

LOS DETECTIVES PERDIDOS

Los detectives perdidos en la ciudad oscura.

Oí sus gemidos.

Oí sus pasos en el Teatro de la Juventud.

Una voz que avanza como una flecha.

Sombra de cafés y parques

frecuentados en la adolescencia.

Los detectives que observan

sus manos abiertas,

el destino manchado con la propia sangre.

Y tú no puedes ni siquiera recordar

en dónde estuvo la herida,

los rostros que una vez amaste,

la mujer que te salvó la vida.

LOS DETECTIVES HELADOS

Soñé con detectives helados, detectives latinoamericanos
que intentaban mantener los ojos abiertos
en medio del sueño.

Soñé con crímenes horribles
y con tipos cuidadosos
que procuraban no pisar los charcos de sangre
y al mismo tiempo abarcar con una sola mirada
el escenario del crimen.

Soñé con detectives perdidos
en el espejo convexo de los Arnolfini:
nuestra época, nuestras perspectivas,
nuestros modelos del Espanto.

FRAGMENTOS

Detective abrumado ... Ciudades extranjeras
con teatros de nombres griegos
los muchachos mallorquines se suicidaron
en el balcón a las cuatro de la mañana
las chicas se asomaron al oír el primer disparo
Dionisios Apolo Venus Hércules...
Con variedad El amanecer
sobre los edificios alineados
Un tipo que escucha las noticias dentro del coche
y la lluvia repiquetea sobre la carrocería
Orfeo...

EL FANTASMA DE EDNA LIEBERMAN

Te visitan en la hora más oscura
todos tus amores perdidos.
El camino de tierra que conducía al manicomio
se despliega otra vez como los ojos
de Edna Lieberman,
como sólo podían sus ojos
elevarse por encima de las ciudades
y brillar.
Y brillan nuevamente para ti
los ojos de Edna
detrás del aro de fuego
que antes era el camino de tierra,
la senda que recorriste de noche,
ida y vuelta,
una y otra vez,
buscándola o acaso
buscando tu sombra.
Y despiertas silenciosamente
y los ojos de Edna
están allí.
Entre la luna y el aro de fuego,
leyendo a sus poetas mexicanos
favoritos.
¿ y a Gilberto Owen,
lo has leído?,
dicen tus labios sin sonido,
dice tu respiración
y tu sangre que circula
como la luz de un faro.
Pero son sus ojos el faro
que atraviesa tu silencio.

Sus ojos que son como el libro
de geografía ideal:
los mapas de la pesadilla pura.
Y tu sangre ilumina
los estantes con libros, las sillas
con libros, el suelo
lleno de libros apilados.
Pero los ojos de Edna
sólo te buscan a ti.
Sus ojos son el libro
más buscado.
Demasiado tarde
lo has entendido, pero
no importa.
En el sueño vuelves
a estrechar sus manos,
y ya no pides nada.

LA VISITA AL CONVALECIENTE

Es 1976 y la Revolución ha sido derrotada
pero aún no lo sabemos.

Tenemos 22, 23 años.

Mario Santiago y yo caminamos por una calle en blanco y negro.

Al final de la calle, en una vecindad escapada de una película de los años cincuenta está
la casa de los padres de Darío Galicia.

Es el año 1976 y a Darío Galicia le han trepanado el cerebro.

Está vivo, la Revolución ha sido derrotada, el día es bonito
pese a los nubarrones que avanzan lentamente desde el norte cruzando el valle.

Darío nos recibe recostado en un diván.

Pero antes hablamos con sus padres, dos personas ya mayores,

el señor y la señora Ardilla que contemplan cómo el bosque
se quema desde una rama verde suspendida en el sueño.

Y la madre nos mira y no nos ve o ve cosas de nosotros que nosotros no sabemos.

Es 1976 y aunque todas las puertas parecen abiertas,
de hecho, si prestáramos atención, podríamos oír cómo
una a una las puertas se cierran.

Las puertas: secciones de metal, planchas de acero reforzado, una a una se van cerrando
en la película del infinito.

Pero nosotros tenemos 22 o 23 años y el infinito no nos asusta.

A Darío Galicia le han trepanado el cerebro, ¡dos veces!,
y uno de los aneurismas se le reventó en medio del Sueño.

Los amigos dicen que ha perdido la memoria.

Así, pues, Mario y yo nos abrimos paso entre películas mexicanas de los cuarenta
y llegamos hasta sus manos flacas que reposan sobre las rodillas en un gesto de plácida
espera.

Es 1976 Y es México y los amigos dicen que Darío lo ha olvidado todo, incluso su propia
homosexualidad.

Y el padre de Darío dice que no hay mal que por bien no venga.

Y afuera llueve a cántaros:

en el patio de la vecindad la lluvia barre las escaleras

y los pasillos
y se desliza por los rostros de Tin Tan, Resortes y Calambres
que velan en la semi transparencia el año de 1976.
Y Darío comienza a hablar. Está emocionado.
Está contento de que lo hayamos ido a visitar.
Su voz como la de un pájaro: aguda, otra voz,
como si le hubieran hecho algo en las cuerdas vocales.
Ya le crece el pelo pero aún pueden verse las cicatrices de la trepanación.
Estoy bien, dice.
A veces el sueño es tan monótono.
Rincones, regiones desconocidas, pero del mismo sueño.
Naturalmente no ha olvidado que es homosexual (nos reímos),
como tampoco ha olvidado respirar.
Estuve a punto de morir, dice después de pensarlo mucho.
Por un momento creemos que va a llorar.
Pero no es él el que llora.
Tampoco es Mario ni yo.
Sin embargo alguien llora mientras atardece con una lentitud inaudita.
Y Darío dice: el pire definitivo y habla de Vera que estuvo con él en el hospital y de
otros rostros que Mario y yo no conocemos y que ahora él tampoco reconoce.
El pire en blanco y negro de las películas de los cuarenta-cincuenta.
Pedro Infante y Tony Aguilar vestidos de policías
recorriendo en sus motos el atardecer infinito de México.
Y alguien llora pero no somos nosotros.
Si escucháramos con atención podríamos oír los portazos de la historia o del destino.
Pero nosotros sólo escuchamos los hipos de alguien que llora
en alguna parte.
Y Mario se pone a leer poemas.
Le lee poemas a Darío, la voz de Mario tan hermosa mientras afuera cae la lluvia,
y Darío susurra que le gustan los poetas franceses.
Poetas que sólo él y Mario y yo conocemos.
Muchachos de la entonces inimaginable ciudad de París con los ojos enrojecidos por el
suicidio.

¡Cuánto le gustan!

Como a mí me gustaban las calles de México en 1968.

Tenía entonces quince años y acababa de llegar.

Era un emigrante de quince años pero las calles de México lo primero que me dicen es
que allí todos somos emigrantes, emigrantes del Espíritu.

Ah, las hermosas, las nunca demasiado ponderadas, las terribles

calles de México colgando del abismo

mientras las demás ciudades del mundo

se hunden en lo uniforme y silencioso.

Y los muchachos, los valientes muchachos homosexuales estampados como santos

fosforescentes en todos estos años, desde 1968 hasta 1976.

Como en un túnel del tiempo, el hoyo que aparece donde menos te lo esperas,

el hoyo metafísico de los adolescentes maricas que se enfrentan

–¡más valientes que nadie!– a la poesía y a la adversidad.

Pero es el año 1976 y la cabeza de Darío Galicia tiene las marcas indelebles de una

trepanación.

Es el año previo de los adioses

que avanza como un enorme pájaro drogado

por los callejones sin salida de una vecindad

detenida en el tiempo.

Como un río de negra orina que circunvala la arteria principal de México,

río hablado y navegado por las ratas negras de Chapultepec,

río-palabra, el anillo líquido de las vecindades perdidas en el tiempo.

Y aunque la voz de Mario y la actual voz de Darío

aguda como la de un dibujo animado

llenen de calidez nuestro aire adverso,

yo sé que en las imágenes que nos contemplan con anticipada piedad,

en los iconos transparentes de la pasión mexicana,

se agazapan la gran advertencia y el gran perdón,

aquello innombrable, parte del sueño, que muchos años después

llamaremos con nombres varios que significan derrota.

La derrota de la poesía verdadera, la que nosotros escribimos con sangre.

Y semen y sudor, dice Darío.

Y lágrimas, dice Mario.

Aunque ninguno de los tres está llorando.

GODZILLA EN MÉXICO

Atiende esto, hijo mío: las bombas caían
sobre la ciudad de México
pero nadie se daba cuenta.

El aire llevó el veneno a través
de las calles y las ventanas abiertas.

Tú acababas de comer y veías en la tele
los dibujos animados.

Yo leía en la habitación de al lado
cuando supe que íbamos a morir.

Pese al mareo y las náuseas me arrastré
hasta el comedor y te encontré en el suelo.

Nos abrazamos. Me preguntaste qué pasaba
y yo no dije que estábamos en el programa de la muerte
sino que íbamos a iniciar un viaje,
uno más, juntos, y que no tuvieras miedo.

Al marcharse, la muerte ni siquiera
nos cerró los ojos.

¿Qué somos?, me preguntaste una semana o un año después,
¿hormigas, abejas, cifras equivocadas
en la gran sopa podrida del azar?

Somos seres humanos, hijo mío, casi pájaros,
héroes públicos y secretos.

VERSOS DE JUAN RAMÓN

Malherido en un bar que podía ser o podía no ser mi victoria,
como un charro mexicano de finos bigotes negros
y traje de paño con recamados de plata, sentencié
sin mayores reflexiones la pena de la lengua española. No hay
poeta mayor que Juan Ramón Jiménez, dije, ni versos más altos
en la lírica goda del siglo XX que estos que a continuación recito:

*Mare, me jeché arena zobre la quemaúra.
Te yamé, te yamé dejde er camino... ¡Nunca
ejtubo esto tan zolo! Laj yama me comían,
mare, y yo te yamaba, y tú nunca benía!*

Después permanecí en silencio, hundido de quijada en mis fantasmas,
pensando en Juan Ramón y pensando en las islas que se hinchan,
que se juntan, que se separan.
Como un charro mexicano del infierno, dijo horas o días más tarde
la mujer con la que vivía. Es posible.
Como un charro mexicano de carbón
entre la legión de inocentes.

DINO CAMPANA REVISASU BIOGRAFÍA EN EL PSIQUIÁTRICO DE CASTEL PULCI

Servía para la química, para la química pura.

Pero preferí ser un vagabundo.

Vi el amor de mi madre en las tempestades del planeta.

Vi ojos sin cuerpo, ojos ingravidos orbitando alrededor de mi lecho.

Decían que no estaba bien de la cabeza .

Tomé trenes y barcos, recorrí la tierra de los justos
en la hora más temprana y con la gente más humilde:
gitanos y feriantes.

Me despertaba temprano o no dormía. En la hora
en que la niebla aún no ha despejado
y los fantasmas guardianes del sueño avisan inútilmente.

Oí los avisos y las alertas pero no supe descifrados.

No iban dirigidos a mí sino a los que dormían,
pero no supe descifrados.

Palabras ininteligibles, gruñidos, gritos de dolor, lenguas
extranjeras oí adonde quiera que fuese.

Ejercí los oficios más bajos.

Recorrí la Argentina y toda Europa en la hora en que todos
duermen y los fantasmas guardianes del sueño aparecen.

Pero guardaban el sueño de los otros y no supe
descifrar sus mensajes urgentes.

Fragmentos tal vez sí, y por eso visité los manicomios
y las cárceles. Fragmentos,
sílabas quemantes.

No creí en la posteridad, aunque a veces
creí en la Quimera.

Servía para la química, para la química pura.

PALINGENESIA

Estaba conversando con Archibald MacLeish en el bar «Los Marinos» de la Barceloneta cuando la vi aparecer, una estatua de yeso caminando penosamente sobre los adoquines. Mi interlocutor también la vio y envió a un mozo a buscarla. Durante los primeros minutos ella no dijo una palabra. MacLeish pidió consomé y tapas de Mariscos, pan de payés con tomate y aceite, y cerveza San Miguel. Yo me conformé con una infusión de manzanilla y rodajas de pan integral. Debía cuidarme, dije. Entonces ella se decidió a hablar: Los bárbaros avanzan, susurró melodiosamente, una masa disforme, grávida de aullidos y juramentos, una larga noche manteada para iluminar el matrimonio de los músculos y la grasa. Luego su voz se apagó y dedicóse a ingerir las viandas. Una mujer Hambrienta y hermosa, dijo MacLeish, una tentación irresistible para dos poetas, si bien de diferentes lenguas, del mismo indómito Nuevo Mundo. Le di la razón sin entender del todos sus palabras y cerré los ojos. Cuando desperté MacLeish se había ido. La estatua estaba allí, en la calle, sus restos esparcidos entre la irregular acera y los viejos adoquines. El cielo, horas antes azul, se había vuelto negro como un rencor insuperable. Va a llover, dijo un niño descalzo, temblando sin motivo aparente. Nos miramos un rato: con el dedo indicó los trozos de yeso en el suelo. Nieve, dijo. No tiembles, respondí, no ocurrirá nada, la pesadilla, aunque cercana, ha pasado sin apenas tocamos.

LAS ENFERMERAS

Una estela de enfermeras emprenden el regreso a casa. Protegido por mis polaroid las observo ir y volver.

Ellas están protegidas por el crepúsculo.

Una estela de enfermeras y una estela de alacranes.

Van y vienen.

¿A las siete de la tarde? ¿A las ocho de la tarde?

A veces alguna levanta la mano y me saluda. Luego alcanza su coche, sin volverse, y desaparece protegida por el crepúsculo como yo por mis polaroid.

Entre ambas indefensiones está el jarrón de Poe.

El florero sin fondo que contiene todos los crepúsculos, todos los lentes negros, todos los hospitales.

LOS CREPÚSCULOS DE BARCELONA

Qué decir sobre los crepúsculos ahogados de Barcelona. ¿Recordáis el cuadro de Rusiñol **Erik Satie en el seu estudi**? Así son los crepúsculos magnéticos de Barcelona, como los ojos y la cabellera de Satie, como las manos de Satie y como la simpatía de Rusiñol. Crepúsculos habitados por siluetas soberanas, magnificencia del sol y del mar sobre estas viviendas colgantes o subterráneas para el amor construidas. La ciudad de Sara Gibert y de Lola Paniagua, la ciudad de las estelas y de las confidencias absolutamente gratuitas. la ciudad de las genuflexiones y de los cordeles.

LA GRIEGA

Vimos a una mujer morena construir el acantilado.
No más de un segundo, como alanceada por el sol. Como
los párpados heridos del dios, el niño premeditado
de nuestra playa infinita. La griega, la griega,
repetían las putas del Mediterráneo, la brisa
magistral: la que se autodirige, como una falange
de estatuas de mármol, veteadas de sangre y voluntad,
como un plan diabólico y risueño sostenido por el cielo
y por tus ojos. Renegada de las ciudades y de la República,
cuando crea que todo está perdido a tus ojos me fiaré.
Cuando la derrota compasiva nos convenza de lo inútil
que es seguir luchando, a tus ojos me fiaré.

EL SEÑOR WILTSHIRE

Todo ha terminado, dice la voz del sueño, y ahora eres el reflejo de aquel señor Wiltshire, comerciante de copra en los mares del sur, el blanco que desposó a Uma, que tuvo muchos hijos, el que mató a Case y el que jamás volvió a Inglaterra, eres como el cojo a quien el amor convirtió en héroe: nunca regresarás a tu tierra (¿pero cuál es tu tierra?), nunca serás un hombre sabio, vaya, ni siquiera un hombre razonablemente inteligente, pero el amor y tu sangre te hicieron dar un paso, incierto pero necesario, en medio de la noche, y el amor que guió ese paso te salva.

LLUVIA

Llueve y tú dices **es como si las nubes**

lloraran. Luego te cubres la boca y apresuras
el paso. ¿Cómo si esas nubes escuálidas lloraran?

Imposible. Pero entonces, ¿de dónde esa rabia,
esa desesperación que nos ha de llevar a todos al diablo?

La naturaleza oculta algunos de sus procedimientos
en el Misterio, su hermanastro. Así esta tarde

que consideras similar a una tarde del fin del mundo
más pronto de lo que crees te parecerá tan sólo

una tarde melancólica, una tarde de soledad perdida
en la memoria: el espejo de la Naturaleza. O bien

la olvidarás. Ni la lluvia, ni el llanto, ni tus pasos
que resuenan en el camino del acantilado importan.

Ahora puedes llorar y dejar que tu imagen se diluya
en los parabrisas de los coches estacionados a lo largo
del Paseo Marítimo. Pero no puedes perderte.

LA SUERTE

Él venía de una semana de trabajo en el campo en casa de un hijo de puta y era diciembre o enero, no lo recuerdo, pero hacía frío y al llegar a Barcelona la nieve comenzó a caer y él tomó el metro y llegó hasta la esquina de la casa de su amiga y la llamó por teléfono para que bajara y viera la nieve. Una noche hermosa, sin duda, y su amiga lo invitó a tomar café y luego hicieron el amor y conversaron y mucho después él se quedó dormido y soñó que llegaba a una casa en el campo y caía la nieve detrás de la casa, detrás de las montañas, caía la nieve y él se encontraba atrapado en el valle y llamaba por teléfono a su amiga y la voz fría (¡fría pero amable!) le decía que de ese hoyo immaculado no salía ni el mas valiente a menos que tuviera mucha suerte.

RAYOS X

Si miramos con rayos X la casa del paciente
veremos los fantasmas de los libros en estanterías silenciosas
o apilados en el pasillo o sobre veladores y mesas.
También veremos una libreta con dibujos, líneas y flechas
que divergen y se intersecan: son los viajes en compañía
de la muerte. Pero la muerte, pese al soberbio **aide- mémoire**,
aun no a triunfado. Los rayos X nos dicen que el tiempo
se ensancha y adelgaza como la cola de un cometa
en el interior de la casa. La vida aún da los mejores
frutos. Y así como el mar prometió a Jaufré Rudel
la visión del amor, esta casa cercana al mar promete
a su habitante el sueño de la torre destruida y construida.
Si miramos, no obstante, con rayos X el interior del hombre
veremos huesos y sombras: fantasmas de fiestas
y paisajes en movimiento como contemplados desde un avión
en barrena. Veremos los ojos que él vio, los labios
que sus dedos rozaron, un cuerpo surgido
de un temporal de nieve. Y veremos el cuerpo desnudo
tal como él lo vio, y los ojos y los labios que rozó,
y sabremos que no hay remedio.

EL ÚLTIMO CANTO DE AMOR
DE PEDRO J. LASTARRIA, ALIAS «EL CHORITO»

Sudamericano en tierra de godos,
este es mi canto de despedida
ahora que los hospitales sobrevuelan
los desayunos y las horas del té
con una insistencia que no puedo
sino remitir a la muerte.
Se acabaron los crepúsculos
largamente estudiados, se acabaron
los juegos graciosos que no conducen
a ninguna parte. Sudamericano
en tierra más hostil
que hospitalaria, me preparo
para entrar en el largo
pasillo incógnito
donde dicen que florecen
las oportunidades perdidas.
Mi vida fue una sucesión
de oportunidades perdidas,
lector de Catulo en latín
apenas tuve valor para pronunciar
Sine qua non o Ad hoc
en la hora más amarga
de mi vida. Sudamericano
en hospitales de godos, ¿qué hacer
sino recordar las cosas amables
que una vez me acaecieron?
viajes infantiles, la elegancia
de padres y abuelos, la generosidad
de mi juventud perdida y con ella

la juventud perdida de tantos
compatriotas
son ahora el bálsamo de mi dolor
son ahora el chiste incruento
desencadenado en estas soledades
que los godos no entienden
o que entienden de otra manera.
También yo fui elegante y generoso:
Supe apreciar las tempestades,
los gemidos del amor en las barracas
y el llanto de las viudas,
pero la experiencia es una estafa.
En el hospital sólo me acompañan
mi inmadurez premeditada
y los resplandores vistos en otro planeta
o en otra vida.

La cabalgata de los monstruos
en donde «El Chorito»
tiene un papel destacado.
Sudamericano en tierra de
nadie, me preparo
para entrar en el lago
inmóvil, como mi ojo,
donde se refractan las aventuras
de Pedro Javier Lastarria
desde el rayo incidente
hasta el ángulo de incidencia,
desde el seno del ángulo
de refracción
hasta la constante llamada
índice de refracción.

En plata: las malas cosas
convertidas en buenas,
en apariciones gloriosas

las metidas de pata,
la memoria del fracaso
convertida en la memoria
del valor. Un sueño,
tal vez, pero
un sueño que he ganado
a pulso.

Que nadie siga mi ejemplo
pero que sepan
que son los músculos de Lastarria
los que abren este camino.

Es el córtex de Lastarria,
el entrechocar de dientes
de Lastarria, el que ilumina
esta noche negra del alma,
reducida, para mi disfrute
y reflexión, a este rincón
de habitación en sombras,
como piedra afiebrada,
como desierto detenido
en mi palabra.

Sudamericano en tierra
de sombras,
yo que siempre fui
un caballero,
me preparo para asistir
a mi propio vuelo de despedida.

MI VIDA EN LOS TUBOS DE SUPERVIVENCIA

Como era pigmeo y amarillo y de facciones agradables y como era listo y no estaba dispuesto a ser torturado en un campo de trabajo o en una celda acolchada me metieron en el interior de este platillo volante y me dijeron vuela y encuentra tu destino. ¿Pero qué destino iba a encontrar? La maldita nave parecía el holandés errante por los cielos del mundo, como si huir quisiera de mi minusvalía, de mi singular esqueleto: un escupitajo en la cara de la Religión, un hachazo de seda en la espalda de la Felicidad, sustento de la Moral y de la Ética, la escapada hacia adelante de mis hermanos verdugos y de mis hermanos desconocidos. Todos finalmente humanos y curiosos, todos huérfanos y jugadores ciegos en el borde del abismo. Pero todo eso en el platillo volador no podía sino serme indiferente. O lejano. O secundario. La mayor virtud de mi traidora especie es el valor, tal vez la única real, palpable hasta las lágrimas y los adioses. Y valor era lo que yo demandaba encerrado en el platillo, asombrando a los labradores y a los borrachos tirados en las acequias. Valor invocaba mientras la maldita nave rielaba por guetos y parques que para un paseante serían enormes, pero que para mí sólo eran tatuajes sin sentido, palabras magnéticas e indescifrables, apenas un gesto insinuado bajo el manto de nutrias del planeta. ¿Es que me había convertido en Stefan Zweig y veía avanzar a mi suicida? Respecto a esto la frialdad de la nave era incontrovertible, sin embargo a veces soñaba con un país cálido, una terraza y un amor fiel y desesperado. Las lágrimas que luego derramaba permanecían en la superficie del platillo durante días, testimonio no de mi dolor, sino de una suerte de poesía exaltada que cada vez más a menudo

apretaba mi pecho, mis sienes y caderas. Una terraza,
un país cálido y un amor de grandes ojos fieles
avanzando lentamente a través del sueño, mientras la nave
dejaba estelas de fuego en la ignorancia de mis hermanos
y en su inocencia. Y una bola de luz éramos el platillo y yo
en las retinas de los pobres campesinos, una imagen perecedera
que no diría jamás lo suficiente acerca de mi anhelo
ni del misterio que era el principio y el final
de aquel incomprensible artefacto. Así hasta la
conclusión de mis días, sometido al arbitrio de los vientos,
soñando a veces que el platillo se estrellaba en una serranía
de América y mi cadáver casi sin mácula surgía
para ofrecerse al ojo de viejos montañeses e historiadores:
Un huevo en un nido de hierros retorcidos. Soñando
que el platillo y yo habíamos concluido la danza peripatética,
nuestra pobre crítica de la Realidad, en una colisión indolora
y anónima en alguno de los desiertos del planeta. Muerte
que no me traía el descanso, pues tras corromperse mi carne
aún seguía soñando.

JUNTO AL ACANTILADO

En hoteles que parecían organismos vivos.

En hoteles como el interior de un perro de laboratorio.

Hundidos en la ceniza.

El tipo aquel, semidesnudo, ponía la misma canción una y otra vez.

Y una mujer, la proyección holográfica de una mujer, salía a la terraza a contemplar las pesadillas o las astillas.

Nadie entendía nada.

Todo fallaba: el sonido, la percepción de la imagen.

Pesadillas o astillas empotradas en el cielo

a las nueve de la noche.

En hoteles que parecían organismos vivos de películas de terror.

Como cuando uno sueña que mata a una persona que no acaba nunca de morir.

O como aquel otro sueño: el del tipo que evita un atraco o una violación y golpea al atracador

hasta arrojado al suelo y allí lo sigue golpeando

y una voz (¿pero qué voz?) le pregunta al atracador

cómo se llama

y el atracador dice tu nombre

y tú dejas de golpear y dices no puede ser, ese es mi nombre,

y la voz (las voces) dicen que es una casualidad,

pero tú en el fondo nunca has creído en las casualidades.

Y dices: debemos de ser parientes, tú eres el hijo de alguno de mis tíos o de mis primos.

Pero cuando lo levantas y lo miras, tan flaco, tan frágil, comprendes que también esa historia es mentira.

Tú eres el atracador, el violador, el rufián inepto que rueda por las calles inútiles del sueño.

y entonces vuelves a los hoteles-coleópteros, a los hoteles-araña, a leer poesía junto al acantilado.

BÓLIDO

El automóvil negro desaparece
en la curva del ser. Yo
aparezco en la explanada:
todos van a fallecer, dice el viejo
que se apoya en la fachada.
No me cuentes más historias:
mi camino es el camino
de la nieve, no del parecer
más alto, más guapo, mejor.
Murió Beltrán Morales,
o eso dicen, murió
Juan Luis Martínez,
Rodrigo Lira se suicidó.
Murió Philip K. Dick
y ya sólo necesitamos
lo estrictamente necesario.
Ven, métete en mi cama.
Acariciémonos toda la noche
del ser y de su negro coche.

EL ÚLTIMO SALVAJE

1

Salí de la última función a las calles vacías. El esqueleto pasó junto a mí, temblando, colgado del asta de un camión de basura. Grandes gorros amarillos ocultaban el rostro de los basureros, aun así creí reconocerlo: un viejo amigo. ¡Aquí estamos!, me dije a mí mismo unas doscientas veces, hasta que el camión desapareció en una esquina.

2

No tenía adonde ir. Durante mucho tiempo vagué por los alrededores del cine buscando una cafetería, un bar abierto. Todo estaba cerrado, puertas y contraventanas, pero lo más curioso era que los edificios parecían vacíos, como si la gente ya no viviera allí. No tenía nada que hacer salvo dar vueltas y recordar pero incluso la memoria comenzó a fallarme.

3

Me vi a mí mismo como «El Último Salvaje» montado en una motocicleta blanca, recorriendo los caminos de Baja California. A mi izquierda el mar, a mi derecha el mar y en mi centro la caja llena de imágenes que paulatinamente se iban desvaneciendo. ¿Al final la caja quedaría vacía?
¿Al final la moto se iría junto con las nubes?
¿Al final Baja California y «El Último Salvaje» se fundirían con el Universo, con la Nada?

4

Creí reconocerlo: debajo del gorro amarillo de basurero un amigo de la juventud. Nunca quieto. Nunca demasiado tiempo en un solo registro. De sus ojos oscuros decían los poetas: son como dos volantines suspendidos sobre la ciudad. Sin duda el más valiente. Y sus ojos como dos volantines negros en la noche negra. Colgado del asta del camión el esqueleto bailaba con la letra de nuestra juventud. El esqueleto bailaba con los volantines y con las sombras.

5

Las calles estaban vacías. Tenía frío y en mi cerebro se sucedían las escenas de «El Último Salvaje». Una película de acción, con trampa: las cosas sólo ocurrían aparentemente. En el fondo: un valle quieto, petrificado, a salvo del viento y de la historia. Las motos, el fuego de las ametralladoras, los sabotajes, los 300 terroristas muertos, en realidad estaban hechos de una sustancia más leve que los sueños. Resplandor visto y no visto. Ojo visto y no visto. Hasta que la pantalla volvió al blanco, y salí a la calle.

6

Los alrededores del cine, los edificios, los árboles, los buzones de correo, las bocas del alcantarillado, todo parecía más grande que antes de ver la película. Los artesonados eran como calles suspendidas en el aire. ¿Había salido. de una película de la fijeza y entrado en una ciudad de gigantes. Por un momento creí que los volúmenes y las perspectivas enloquecían. Una locura natural. Sin aristas. ¡Incluso mi ropa había sido objeto de una mutación! Temblando, metí las manos en los bolsillos de mi guerrera negra y eché a andar.

7

Seguí el rastro de los camiones de basura sin saber a ciencia cierta qué esperaba encontrar. Todas las avenidas desembocaban en un Estadio Olímpico de magnitudes colosales. Un Estadio Olímpico dibujado en el vacío del universo. Recordé noches sin estrellas, los ojos de una mexicana, un adolescente con el torso desnudo y una navaja. Estoy en el lugar donde sólo se ve con la punta de los dedos, pensé. Aquí no hay nadie.

8

Había ido a ver «El Último Salvaje» y al salir del cine no tenía adonde ir. De alguna manera yo era el personaje de la película y mi motocicleta negra me conducía directamente hacia la destrucción. No más lunas rielando sobre las vitrinas, no más camiones de basura, no más desaparecidos. Había visto a la muerte copular con el sueño y ahora estaba seco.

NI CRUDO NI COCIDO

Como quien hurga en un brasero apagado.

Como quien remueve los carbones y recuerda.

La Tempestad de Shakespeare, pero una lluvia sin fin.

Como quien observa un brasero que exhala gases tóxicos
en una gran habitación vacía.

Aunque tal vez la grandeza de la habitación
resida en la edad del observador.

En todo caso: vacía, oscura, el suelo desigual,
con cortinas donde no deberían,
y muy pocos muebles.

Como quien mueve las brasas
y aspira a todo pulmón
el aire criminal de la infancia.

Como quien se acucilla y piensa.

Como quien remueve el carbón
bajo **La Tempestad** de Shakespeare que golpea las calaminas.

Como el carbón que exhala gases.

Como las brasas deshojadas como una cebolla
bajo la batuta del detective latinoamericano.

Aunque tal vez todos estemos locos
y nunca haya habido un crimen.

Como quien camina de la mano
de un maníaco depresivo.

Escuchando a la lluvia batir
los bosques, los caminos.

Como quien respira junto al brasero
y su mente remueve las brasas
una a una.

Como quien se vuelve a mirar a alguien
por última vez
y no lo ve.

Como las brasas que arden
mientras Ariel y Calibán
sostienen la soledad del muro del oeste.

Acuclillados uno frente al otro.

Como quien busca su rostro
en el corazón de la cebolla.

Hurgando, hurgando
pese al frío y los gases:
un abrigo de fantasía.

Como quien remueve el brasero apagado
con la batuta de un detective
inexistente.

Y **La Tempestad** de Shakespeare
no aminora en esta isla maldita.

Ah, como quien remueve las brasas
y aspira a todo pulmón.

ATOLE

Vi a Mario Santiago y Orlando Guillén
los poetas perdidos de México
tomando atole con el dedo

En los murales de una nueva universidad
llamada infierno o algo que podía ser
una especie de infierno pedagógico

Pero os aseguro que la música de fondo
era una huasteca veracruzana o tamaulipeca
no soy capaz de precisarlo

Amigos míos era el día en que se estrenaba
«Los Poetas Perdidos de México»
así que ya se lo pueden imaginar

Y Mario y Orlando reían pero como en cámara lenta
como si en el mural en el que vivían
no existiera la prisa o la velocidad

No sé si me explico
como si sus risas se desplegaran minuciosamente
sobre un horizonte infinito

Esos cielos pintados por el Dr. Atl, ¿los recuerdas?
sí, los recuerdo, y también recuerdo
las risas de mis amigos

Cuando aún no vivían dentro del mural laberíntico
apareciendo y desapareciendo como la poesía verdadera
esa que ahora visitan los turistas

Borrachos y drogados como escritos con sangre
ahora desaparecen por el esplendor geométrico
que es el México que les pertenece

El México de las soledades y los recuerdos
el del metro nocturno y los cafés chinos
el del amanecer y el del atole

EL BURRO

A veces sueño que Mario Santiago
viene a buscarme con su moto negra.
Y dejamos atrás la ciudad y a medida
que las luces van desapareciendo
Mario Santiago me dice que se trata
de una moto robada, la última moto
robada para viajar por las pobres tierras
del norte, en dirección a Texas,
persiguiendo un sueño innombrable,
inclasificable, el sueño de nuestra juventud,
es decir el sueño más valiente de todos
nuestros sueños. Y de tal manera
cómo negarme a montar la veloz moto negra
del norte y salir rajados por aquellos caminos
que antaño recorrieran los santos de México,
los poetas mendicantes de México,
las sanguijuelas taciturnas de Tepito
o la colonia Guerrero, todos en la misma senda,
donde se confunden y mezclan los tiempos:
verbales y físicos, el ayer y la afasia.

Y a veces sueño que Mario Santiago
viene a buscarme, o es un poeta sin rostro,
una cabeza sin ojos, ni boca, ni nariz,
sólo piel y voluntad, y yo sin preguntar nada
me subo a la moto y partimos
por los caminos del norte, la cabeza y yo,
extraños tripulantes embarcados en una ruta
miserable, caminos borrados por el polvo y la lluvia,
tierra de moscas y lagartijas, matorrales resacos
y ventiscas de arena, el único teatro concebible

para nuestra poesía

Y a veces sueño que el camino
que nuestra moto o nuestro anhelo recorre
no empieza en mi sueño sino en el sueño
de otros: los inocentes, los bienaventurados,
los mansos, los que para nuestra desgracia
ya no están aquí. Y así Mario Santiago y yo
salimos de la ciudad de México que es la prolongación
de tantos sueños, la materialización de tantas
pesadillas, y remontamos los estados
siempre hacia el norte, siempre por el camino
de los coyotes, y nuestra moto entonces
es del color de la noche. Nuestra moto
es un burro negro que viaja sin prisa
por las tierras de la Curiosidad. Un burro negro
que se desplaza por la humanidad y la geometría
de estos pobres paisajes desolados.
Y la risa de Mario o de la cabeza
saluda a los fantasmas de nuestra juventud,
el sueño innombrable e inútil
de la valentía.

Y a veces creo ver una moto negra
como un burro alejándose por los caminos
de tierra de Zacatecas y Coahuila, en los límites
del sueño, y sin alcanzar a comprender
su sentido, su significado último,
comprendo no obstante su música:
una alegre canción de despedida.

Y acaso son los gestos de valor los que
nos dicen adiós, sin resentimiento ni amargura,
en paz con su gratuidad absoluta y con nosotros mismos.

Son los pequeños desafíos inútiles -o que
los años y la costumbre consintieron
que creyéramos inútiles-los que nos saludan,
los que nos hacen señales enigmáticas con las manos,
en medio de la noche, a un lado de la carretera,
como nuestros hijos queridos y abandonados,
criados solos en estos desiertos calcáreos,
como el resplandor que un día nos atravesó
y que habíamos olvidado.

Y a veces sueño que Mario llega
con su moto negra en medio de la pesadilla
y partimos rumbo al norte,
rumbo a los pueblos fantasmas donde moran
las lagartijas y las moscas.
y mientras el sueño me transporta
de un continente a otro
a través de una ducha de estrellas frías e indoloras,
veo la moto negra, como un burro de otra planeta,
partir en dos las tierras de Coahuila.
un burro de otro planeta
que es el anhelo desbocado de nuestra ignorancia,
pero que también es nuestra esperanza
y nuestro valor.

Un valor innombrable e inútil, bien cierto,
pero reencontrado en los márgenes
del sueño más remoto,
en las particiones del sueño final,
en la senda confusa y magnética
de los burros y de los poetas.

LOS PASOS DE PARRA

Ahora Parra camina
ahora Parra camina por Las Cruces
Marcial y yo estamos quietos y oímos sus pisadas
Chile es un pasillo largo y estrecho
sin salida aparente
El Flandes indiano que se quema allá a los lejos
un incendio rodeado de huellas
o los restos de un incendio
y los restos de unas huellas
que el viento va borrando
o diluyendo
nadie te da la bienvenida a Dinamarca
todos estamos haciendo
lo indecible
nadie te da la bienvenida a Dinamarca
aquí está lloviendo
y las cruces exhiben huellas
de hormigas y de incendios
oh el Flandes indiano
el interminable pasillo de nuestro descontento
en donde todo lo hecho parece deshecho
el país de Zurita y de las cordilleras fritas
el país de la eterna juventud
sin embargo llueve y nadie se moja
excepto Parra
o sus pisadas que recorren
estos tierrales en llamas
petrificadas
estos camposantos arados por bueyes
inmóviles
Oh el Flandes indiano de nuestra lengua esquizofrénica

toda pisada deja huella
pero toda huella es inmóvil
nada que ver con el hombre o la sombra
que una vez pasó
o que en el último suspiro intentó
materializar la cobra
del sueño inmóvil
o de lo que en el sueño sobra
representaciones representaciones
carentes de sustancia
En el Flandes indiano de la fractura
infinita
pero nosotros sabemos que todos
nuestros asuntos
son finitos (alegres, sí, feroces,
pero finitos)
la revolución se llama Atlántida
y es feroz e infinita
mas no sirve para nada
a caminar, entonces, latinoamericanos
a caminar a caminar
a buscar las pisadas extraviadas
de los poetas perdidos
en el fango inmóvil
a perdemos en la nada
o en la rosa de la nada
allí donde sólo se oyen las pisadas
de Parra
y los sueños de generaciones
sacrificadas bajo la rueda
y no historiadas

Jus lo front port vostra bella semblança

JORDI DE SANT JORDI

Intentaré olvidar Un cuerpo que apareció durante la nevada
Cuando todos estábamos solos En el parque, en el montículo detrás
de las canchas de basket Dije detente y se volvió:
un rostro blanco encendido por un noble corazón Nunca
había visto tanta belleza La luna se distanciaba de la tierra
De lejos llegaba el ruido de los coches en la autovía: gente
que regresaba a casa Todos vivíamos en un anuncio
de televisión hasta que ella apartó las sucesivas
cortinas de nieve y me dejó ver su rostro: el dolor
y la belleza del mundo en su mirada Vi huellas
diminutas sobre la nieve Sentí el viento helado en la cara
En el otro extremo del parque alguien hacía señales
con una linterna Cada copo de nieve estaba vivo
Cada huevo de insecto estaba vivo y soñaba Pensé: ahora
me vaya quedar solo para siempre Pero la nieve caía
y caía y ella no se alejaba

MUSA

Era más hermosa que el sol
y yo aún no tenía 16 años.
24 han pasado
y sigue a mi lado.

A veces la veo caminar
sobre las montañas: es el ángel guardián
de nuestras plegarias.
Es el sueño que regresa

con la promesa y el silbido.
El silbido que nos llama
y que nos pierde.
En sus ojos veo los rostros

de todos mis amores perdidos.
Ah, Musa, protégeme,
le digo, en los días terribles
de la aventura incesante.

Nunca te separes de mí.
Cuida mis pasos y los pasos
de mi hijo Lautaro.
Déjame sentir la punta de tus dedos
otra vez sobre mi espalda,
empujándome, cuando todo esté oscuro,
cuando todo esté perdido.
Déjame oír nuevamente el silbido.

Soy tu fiel amante
aunque a veces el sueño

me separe de ti.

También tú eres la reina de los sueños.

Mi amistad la tienes cada día

y algún día

tu amistad me recogerá

del erial del olvido.

Pues aunque tú vengas

cuando yo vaya

en el fondo somos amigos

inseparables.

Musa, a donde quiera

que yo vaya

tú vas.

Te vi en los hospitales

y en la fila

de los presos políticos.

Te vi en los ojos terribles

de Edna Lieberman

y en los callejones

de los pistoleros.

¡Y siempre me protegiste!

En la derrota y en la rayadura.

En las relaciones enfermizas

y en la crueldad,

siempre estuviste conmigo.

Y aunque pasen los años

y el Roberto Bolaño de la Alameda

y la Librería de Cristal
se transforme,
se paralice,

se haga más tonto y más viejo
tú permanecerás igual de hermosa.
Más que el sol
y que las estrellas.

Musa, a donde quiera
que tú vayas
yo voy.
Sigo tu estela radiante

a través de la larga noche.
Sin importarme los años
o la enfermedad.
Sin importarme el dolor

o el esfuerzo que he de hacer
para seguirte.

Porque contigo puedo atravesar
los grandes espacios desolados

y siempre encontraré la puerta
que me devuelva
a la Quimera,
porque tú estás conmigo,

Musa,
más hermosa que el sol
y más hermosa
que las estrellas.

ENTRE LAS MOSCAS

Poetas troyanos
ya nada de lo que podía ser vuestro
existe

Ni templos ni jardines
ni poesía

Sois libres
admirables poetas troyanos